

# El martillo del alfabeto

Mar Benegas, Olga Capdevilla,  
Con el ojo de la i, © A Buen Paso, 2015



Aunque así lo diga en su cubierta, los poemas de *Con el ojo de la i* no son para lectores que viajan en tren. En realidad, como evidencian las ilustraciones de Olga Capdevilla, son ellas, las letras, quienes suben al tren y emprenden su particular viaje por las palabras. Retahílas, trabalenguas y cancioncillas dibujan un itinerario de juegos retóricos de todo tipo, entre los cuales, naturalmente, están aquellos que implican la dimensión visual del poema y de los signos que lo forman. Este pacto de ficción se desvela ya en los primeros versos: «Triquitrín triquitrén,/sube conmigo a este tren.../Triquitrín triquitrón triquilabra./¡a jugar con las palabras!».

Es evidente que la palabra OJO forma un retrato mejor que un 6 y un 4. Si alguien no puede verlo, sin duda es porque anda falto de imaginación. ¿Y si arrimamos una i a una O? Entonces estaríamos hablando de Mar Benegas y de esa lente con la que los poetas miran dentro de las cosas: «-Sí, sí, sí, ojo sí tiene la "i" : / ¡con el ojo de la "i" / fue con el que yo te vi!»<sup>1</sup>. Aquí, el poema tiende un puente que une la anatomía de la letra con la anatomía de los seres vivos. Ejemplo de como el lenguaje traslaticio encuentra y destapa imágenes

latentes, algo que el poeta y ensayista norteamericano Erza Pound denominó fanopea<sup>2</sup>. En estos casos, el lector es invitado a suspender su incredulidad y entregar su imaginación al autor, para que este pueda, como decía Panero<sup>3</sup>, «jugar con ella como el cazador con las fieras, aturdira, chocarla, perseguirla, cautivarla.»

La energía que desencadena la liberación de la imagen encerrada en las palabras es un arma, cargada de futuro, quizá nos diría Celaya. En este caso, cabría decir que *Con el ojo de la i*, es un poemario cargado del futuro en el que se miraban las Vanguardias, ya que nos evoca esa transgresión expansiva que parte de cero con el lenguaje y con la propia poesía. Su título, por ejemplo, nos conduce inevitablemente hasta las gregerías que Ramón Gómez de la Serna dedicó a varias letras del alfabeto: «La B es el ama de cría del alfabeto»; «La q es la p que vuelve de paseo»; «La T es el martillo del abecedario» y un largo etcétera de metáforas humorísticas que transitan este puente que conecta la anatomía de la letra con las mil cosas posibles.

Por sus ritmos, encadenamientos, sonnetes, obstinatos, salmodias, jitanjáforas, y sinsentidos y por su sonoridad en general, la poesía de Mar Benegas participa de la vigencia del texto oral. Mucho también del «decir poético del niño», como podemos ver en la «Canción I (o de los cromos)»: «silo, silo, sí lo tengo, / sí lo tengo, no lo tengo, / sí lo tengo, no lo tengo, / este repe te lo vendo.». Estos poemas como «Canción II (o pito pito)» o «Trinos y jolgorios» son divertimentos musicales cuyo sentido es su sonido, es decir, el puro acompañamiento y la progresión armónica de la voz articulada, o sea, jugar a decir algo sin decir nada. Algo que nuevamente nos coloca liberando

## [ ZOOM ]

energía creadora sobre la esencia misma del lenguaje, cuidando, en palabras de Erza Pound<sup>4</sup>, «la salud de la materia misma del pensamiento».

Así como antaño el juego verbal en rimas y poemas infantiles iba ligado al gesto y a la representación dramatizada en bailes, juegos de saltar a la comba, de echar a suertes, así hoy día la poesía infantil experimenta en el álbum un tipo de puesta en escena gráfica. En el caso de aquellos poemas que «juegan con las letras» muchos implican la evocación de la letra en las ilustraciones. Así, por ejemplo, en el caso del poema de Antonio Rubio, *Aurelio* —recién reeditado con las ilustraciones de Federico Fernández dentro de la col. «Alfabetos» de Kalandraka—, cuando el verso canta sobre la «e» utilizando palabras como «tren», un tren de cuatro vagones formado por cuatro grandes letras «E» recorre la doble página.

Las ilustraciones de Olga Capdevilla, en cambio, recurren a la personificación de las letras del alfabeto para que el lector pueda seguirlas como personajes que viajan por el libro, creando una ficción en paralelo a los poemas.

Pero lo que más nos interesa de *Con el ojo de la i* es que incluso la diagramación del propio poema sobre la página plantea este acompañamiento visual. Es el caso de algunos poemas caligramáticos como «Las vías» o «El túnel». También el de «El paisaje», donde la rítmica yuxtaposición de sustantivos evoca la monotonía del paisaje pasando por la ventanilla de un tren, mientras que por el diseño de su maquetación el poema resulta algo parecido a un apunte contable. La colección se completa con poemas permutatorios, poesía criptográfica escrita en clave, poemas para leer delante del espejo, lipogramas y algunos divertimentos más entorno al juego de la letra. Al contrario que aquellas rimas más sonoras, estas



más conceptuales se terminan de dibujar sobre el blanco del papel.

Unos años antes, Litera Libros había editado la antología *44 poemas para leer con niños*, con selección y comentarios didácticos de Mar Benegas. Uno de los grandes aciertos de esta obra es la concepción gráfica de Carlos Rubio (Ladies & Gentlemen) quien consigue dotar de imagen a todos los poemas exclusivamente por medio de la diagramación creativa, afrontando así el desafío de ilustrar cada poema por medio del conjunto expresivo que forman sus propias palabras. El éxito de esta experiencia propició la aparición de *A Juego Lento. Taller de poesía*, una nueva publicación del tándem Benegas/Rubio y un auténtico trampolín para soltarse a «cocinar a juego lento» los más variados tipos de poesía. En las imágenes de Carlos Rubio la letra «P» de «poesía» es uno de los pilares sobre los cuales el artista levanta su edificio gráfico. Aquí, la depurada retórica visual de Carlos Rubio contextualiza a la perfección los titulares de cada ejercicio, aprovechando al máximo ese humor que desprende el giro insólito del objeto. Algo que inevitablemente nos transporta a la poesía tipográfica de Brossa, ese espacio mágico donde la escritura no deja de rebasar los límites impuestos por la literatura, ese martillo del alfabeto.

Ana G. Lartitegui

Mar Benegas, Carlos Rubio,  
*A Juego Lento. Taller de poesía*,  
© Litera Libros, 2016

- 1 Última estrofa del falso lipograma «Con la "i"».
- 2 La fanopea es aquella energía dinamizadora «que consiste en la proyección de imágenes sobre la imaginación visual» Erza Pound, *El arte de la poesía*, Joaquín Mortiz, 1978, p.40
- 3 Leopoldo María Panero, «El último hombre» (1983), en *Poesía Completa 1970-2000*, Visor Libros, 2001
- 4 Erza Pound, *Ibíd.* p.34

Mar Benegas (selección), Carlos Rubio,  
*44 poemas para leer con niños*, antología,  
© Litera Libros, 2013

Esta es la llave de Roma  
Anónimo

Ésta es la llave de Roma, y toma.  
En Roma hay una calle.  
En la calle hay una casa.  
En la casa hay un patio.  
En el patio hay una sala.  
En la sala hay una alcoba.  
En la alcoba hay una dama.  
Junto a la dama una mesa.  
En la mesa hay una jaula.  
Dentro de la jaula un loro.  
Saltó el loro.  
Saltó la jaula.  
Saltó la mesa.  
Saltó la dama.  
Saltó la alcoba.  
Saltó la sala.  
Saltó el patio.  
Saltó la casa.  
Saltó la calle.  
Y aquí tienes a Roma  
con todas sus siete llaves.

Este poema tradicional acumulativo nos acompaña desde hace siglos. Se trata de uno de los más populares... ¿protestas lo conocías? Se han hecho numerosas versiones y adaptaciones del mismo, incluso Rafael Alberti tiene un poema que se titula «Insectos» y que comienza así: «Toma y toma la llave de Roma, / porque en Roma hay una calle...».

